

#Historiasdemujeres

Perdonen que no me presente, a veces soy demasiado discreta. A menudo la gente piensa que por tener ochenta y siete años puedo contar una larga y épica historia, pero lo cierto es que la mía trata de mi infancia; la vida de una persona nos cuenta al fin y al cabo quién es ella.

Con once años me hice amiga de una chica de mi clase llamada Raquel. Era inteligente, culta y con una admirable inquietud intelectual. Por supuesto, el hecho de ser una persona avanzada para su edad le conllevó el incordio de alguna que otra bocazas, pero no hay duda de que era un modelo a seguir para el resto de chicas, incluyéndome a mí, lo que me llevaba a defenderle de las demás. Ahora bien, mi error fue tratar de ser quien no era. Empecé a seguir sus gustos, sus opiniones y hasta su forma de hablar. Para ser sincera, la cosa no me iba nada mal, los adultos me admiraban, además empecé a leer obras de culto, nada mal para tener once años.

El primer incidente tuvo lugar cuando tuvimos que hacer una actividad que consistía en dar nuestra opinión acerca del resto de compañeras. Hice una crítica ese mismo día sobre la incultura generalizada de la clase, la cual no debió gustar demasiado. Cuando la profesora vio lo que habían escrito sobre mí, preguntó a qué venía todo eso; no podían faltar comentarios como “pesada”, “pedante”, incluso unas chicas llegaron a proponer como solución que debía irme del colegio.

Así es como tuvieron lugar unos meses llenos de peleas con otras compañeras, en los que tenía que realizar auténticas expediciones por el colegio para buscar mi mochila o mis zapatos que habían escondido. Sin embargo, lo peor estaba por venir. Un día me peleé con una compañera por haberme puesto la mano encima (algo bastante habitual), estábamos rodando por el suelo y llegamos hasta la pata de la mesa de Raquel. Jamás pensé que Raquel me pegaría patadas a mí en ese momento por estar empujando su mesa.

Desde luego mis padres tomaron cartas en el asunto, pero la cosa no mejoró cuando los insultos y amenazas versaban sobre miembros de mi familia;

además, no es plato de buen gusto ver como las personas a las que más quieres lo pasan mal por ti. Supongo que es lo que tiene el amor, de una forma u otra siempre tiene el dolor aparejado. Una opción que se planteó fue cambiarme de escuela, pero estaba claro que no iba a funcionar, la maldición la llevaba conmigo allí a donde yo iba. Yo era mi propio problema.

Pasaron los años y la cosa mejoró un poco, pero nada volvió a la normalidad. Nadie sentía el más mínimo respeto por mí y aunque no pasara nada yo tenía el presentimiento de que alguna compañera me iba a hacer algo. Esa incomodidad me acompañaría hasta que terminé los estudios. Recuerdo comentar el día de mi graduación con quien pocos años después sería mi marido. Él recordaba su graduación como una triste despedida, como una puerta que se cerraba y que te acorralaba contra un mundo de infinitas posibilidades. Yo, sin embargo, lo sigo recordando como aquél día que estuve esperando día tras día durante años, la escapatoria a una tensión constante.

Aunque lo que acabo de contar sea un relato depresivo, en verdad es el principio de un final feliz. La vida me ha sonreído con una familia y unos amigos maravillosos, he ayudado a cuantos he podido ayudar y lo seguiré haciendo hasta el ya próximo día de mi muerte. Mis errores me han conducido la mayoría de veces a la felicidad. Como bien dice la canción, “no es difícil de encontrar el paraíso en la oscuridad”. La huella sigue ahí, hasta el día de hoy he sentido rechazo hacia los grupos de amigos numerosos y cuando sé de Raquel o algún compañero de la escuela que sigue con vida, me invade el amargo recuerdo de aquellos años. Que quede claro que amigos no me han faltado, habrán sido pocos, pero eran amigos, y no son muchas las personas con abundante vida social que pueden presumir de ello. Yo siempre digo que hacer amigos no es difícil, con el tiempo acaban llegando a ti, es sólo cuestión de tener el corazón abierto para recibirlos.